

2. SOBRE LOS TRILLANOS QUE TRABAJARON EN EL DESMANTELAMIENTO

Como más pingües, así mismo, podían resultarles a Byne y a sus asociados los beneficios a obtener de Mr. Hearst, si, además de exagerársele en la correspondencia el cúmulo de dificultades que en la tentativa aquella había que vencer desde el arranque mismo tiñéndola de negro en demasía (y por muy negra que, efectivamente, reconocemos que era), se le abultaban al ciudadano Kane los jornales que se veían obligados a pagar in situ a los obreros, indicándole, por ejemplo, que apenas había mano de obra en los lugares vecinos...

Cuadro éste, con tinte más negro que el real en lo que respecta no sólo a las dificultades viarias sino también a la escasez de la mano de obra, que suponemos nosotros se lo pintaron a Hearst desde España Byne y sus asociados (e imaginamos, además, que lo hicieran por un puñado de dólares, parafraseando el título de la famosa película), pues sólo de esas fuentes puede haber bebido Merino de Cáceres el excesivamente obscuro que rezuma también alguna frase del artículo citado:

—«... El monasterio se encontraba en un lugar apartado de toda civilización» —ib., p. 204—.

¡Vaya, apartado sí..., pero no tanto, que no es tanta distancia de la civilización estar, por ejemplo, a sólo un cuarto de legua del baño, sobre la otra orilla», como decía ya Jovellanos en una anotación correspondiente al 26 de agosto de 1798, cuando tomaba las aguas aquel verano en el concurridísimo Balneario de Carlos III —hoy Instituto Leprológico Nacional— de Trillo! (6).

—«... y los accesos eran escasos y casi impracticables, tal y como siguen siéndolo en la actualidad» —ib.—.

Bien, de los accesos del entonces ya hemos hecho comentario más arriba; de los existentes al publicarse el artículo de referencia, hágase el lector su propia idea con oír que ya desde esos años de 1982 una flota de camiones, tal reguero de febriles hormigas que atravesaban la finca de Santa María de Ovila rozando justamente las ruinas del antiguo monasterio, han venido manteniendo ininterrumpidamente el acarreo de gravas y arenas, sacadas poco más arriba del enclave donde instaló don Fernando Beloso la barcaza y luego

(6) JOVELLANOS, M. G. DE.: «DIARIOS (MEMORIAS INTIMAS)», Madrid, Sucesores de Hernando, 1915, p. 401.